

Crecimiento, valor y política pública. Una aproximación al lenguaje económico de Adam Smith*

Joaquín Perrén / joaquinperren@gmail.com

Universidad Nacional del Comahue - CONICET

Recibido 14/4/2025 – Aceptado 11/9/2025

Resumen

El artículo analiza el lenguaje económico de Adam Smith desde una perspectiva histórica, entendiendo este concepto como el resultado situado de la interacción entre contexto, campo de interrogación y articulación conceptual. Tras presentar un marco teórico para el estudio de la economía política clásica, se examina el contexto de la Revolución Industrial británica que condicionó sus reflexiones. A continuación, se abordan las respuestas que Smith dio a tres problemas centrales: el crecimiento económico, vinculado a la división técnica del trabajo; el valor, desarrollado a partir de la teoría del valor-trabajo y su posterior reformulación en una teoría de costos; y las políticas económicas, centradas en el libre mercado, la mano invisible y un Estado de funciones limitadas pero esenciales. El trabajo concluye destacando la vigencia de estos aportes para comprender las bases del pensamiento económico moderno y su utilidad en la formación de estudiantes de ciencias económicas, así como para enriquecer el debate público sobre el funcionamiento de las economías contemporáneas.

Palabras Clave: Lenguaje económico; economía política clásica; liberalismo económico; Adam Smith

Clasificación JEL: B12 - Escuela clásica

Abstract

This article examines Adam Smith's economic language from a historical perspective, understanding this concept as the situated outcome of the interaction between context, field of inquiry, and conceptual articulation. After outlining a theoretical framework for the study of classical political economy, it analyzes the context of the British Industrial Revolution that shaped Smith's reflections. It then addresses his responses to three core issues: economic growth, linked to the technical division of labor; value, developed through the labor theory of value and later reformulated into a cost-of-production approach; and economic policy, centered on free markets, the "invisible hand," and a state with limited but essential functions. The article concludes by emphasizing the enduring relevance of these contributions for understanding the foundations of modern economic thought, their usefulness in the training of economics and

* El presente texto fue elaborado en el marco de la cátedra de "Historia Económica y Social General", dictada en la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue.

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)
business students, and their role in fostering informed public debate on the functioning of contemporary economies.

Key Words: Economic language; classical political economy; economic liberalism; Adam Smith

JEL Classification: B12 - Classical school

"La economía política considera la manera de proveer a un pueblo de un ingreso o subsistencia abundante, o más propiamente, de habilitarlo para proveerse a sí mismo de tal manera; y la de suministrar al Estado o comunidad con ingresos suficientes para los servicios públicos."

Smith (1776, p. 427)

Coordinadas iniciales

La historia de la economía alberga una enorme cantidad de marcos teóricos, sistemas analíticos o lenguajes económicos. Esta variedad, que va desde los mercantilistas hasta neoclásicos, pasando por institucionalistas e historicistas, puede explicarse echando mano de los contextos desde los cuales los economistas lanzan sus reflexiones. Ese clima de época, *Zeitgeist* en palabras de Hegel (1837), hace las veces de humus a la escritura científica en general y al análisis social en particular. No hace falta demasiada lucidez para darse cuenta de que no es lo mismo escribir en los albores de la revolución industrial, cuando las ilusiones del maquinismo eran prácticamente ilimitadas, que hacerlo a mediados del siglo XIX, cuando el capitalismo mostraba su lado más oscuro, con crisis y rebeliones mediante. En el primero de los escenarios, Adam Smith hizo una contribución en clave optimista; mientras que en el segundo Carlos Marx propuso una narrativa más pesimista sobre una sociedad que comenzaba a edificarse sobre el principio de la propiedad privada.

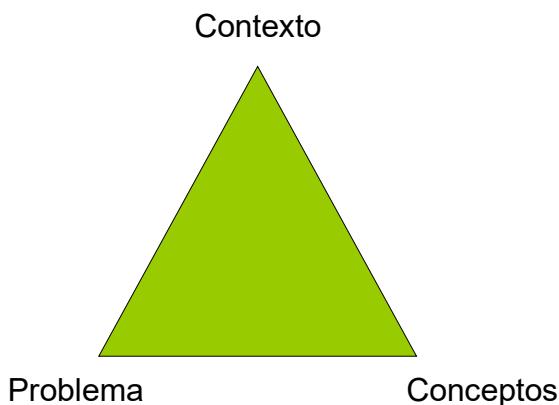
Desde cada uno de estos contextos o lugares (De Certeau, [1980] 2000), los analistas económicos se plantean problemas de investigación que no dejan de ser preguntas con capacidad epistémica o, lo que es igual, interrogantes que buscan producir un conocimiento novedoso sobre una determinada parcela de la realidad. Para despejar estas incógnitas, los pensadores ponen en juego un conjunto articulado de categorías que nos brindan un esquema general acerca de cómo funcionan la sociedad en general y la economía en particular.

Una buena metáfora para definir un lenguaje económico sería, entonces, la de un triángulo en cuyos vértices tenemos determinadas coordenadas temporales y espaciales, un campo de interrogación y la definición de conceptos que hacen las veces de respuesta (Figura 1). Pensados de esta manera no podría existir un lenguaje económico universal. Esto constituiría una flagrante contradicción: si, por alguna razón, muta el contexto, van a cambiar los problemas que atraviesan a la disciplina y, con seguridad, las soluciones teóricas diseñadas por los pensadores de la economía. En resumidas cuentas, los lenguajes económicos son hijos de su tiempo o, dicho en términos más actuales, no pueden prescindir de su carácter situado (Dussel, 2006).

Figura 1

Esquema de aproximación

Lenguaje económico: propuesta de análisis



Fuente: elaboración propia

Puede que dos analogías nos ayuden a comprender los alcances de los lenguajes económicos. La primera sería comparar los sistemas analíticos en economía con cajas de herramientas. Sabido es que una herramienta puede parecer muy adecuada para resolver una tarea, pero resultar inútil para solucionar otros tantos desafíos. Un martillo, por caso, sirve para clavar, aunque resulta poco apropiado para cortar una madera, tarea para la cual un serrucho sería a todas luces más apto. Esta idea –bastante pedestre, por cierto– puede trasladarse sin problemas al campo de la economía. El concepto de división del trabajo, desarrollado por Adam Smith y sobre el que volveremos más adelante, nos ayuda a entender por qué el capitalismo es más productivo que cualquier organización económica previa, pero aporta pocas pistas acerca de cómo se distribuye la riqueza. Sobre este último problema, fundamental en las sociedades contemporáneas, quizás pueda recurrirse al concepto de plusvalía (Marx, [1867] 2017) o de puja distributiva (Kalecki, 1971). Cada lenguaje económico, en definitiva, establece un *set* de herramientas a partir de las cuales puede abordarse una determinada área de interés.

La segunda analogía nos propone imaginar a los teóricos de la economía como si fueran fotógrafos. Los cultores de este oficio producen imágenes sobre la realidad, pero nunca pueden atraparla en toda su dimensión. Existen múltiples factores que atentan contra la instantánea perfecta. Solo para mencionar los más conocidos podríamos hablar de la calidad de la cámara, el ángulo de la toma o si es aplicado el zoom o no. A partir de esto, podemos pensar que los lenguajes económicos, como las fotografías, afinan nuestro conocimiento sobre ciertos aspectos de la realidad, pero oscurecen nuestra percepción sobre aquello que no fue adecuadamente enfocado por el lente analítico. Siguiendo estos términos, Joseph Schumpeter (1942) nos legó

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

un cuadro particularmente vívido sobre la dinámica que asume la innovación en sociedades capitalistas, con su gráfica imagen de la destrucción creativa, aunque su representación no incorporó aspectos ligados a la relación entre sociedad y ambiente que sí fueron capturados por los referentes de la economía ecológica (Martínez Allier, 2001).

Retomando lo planteado al inicio, la naturaleza variable de los lenguajes económicos justifica un recorrido histórico, una suerte de visita guiada por los distintos esquemas analíticos que diseñaron a lo largo del tiempo. Si los problemas de la disciplina hubieran sido siempre los mismos, bastaría con echar un vistazo a la revista más actualizada para conocer sus fundamentos. Sin embargo, es una tarea de difícil concreción: las ansiedades del presente definen ciertos campos de interrogación y determinados instrumentos teóricos para darle solución a pesar del paso del tiempo.

Un examen de la evolución de las categorías que empleó la disciplina en los últimos tres siglos nos mostraría que, más que cancelaciones, lo que predominan son los englobamientos sucesivos (Blasco Furio, 2005). Cada lenguaje sería una capa de sedimento que, al apoyarse con la anterior, va dando densidad al pensamiento económico (Koselleck, 2004). Los liberales toman de la fisiocracia el principio del dejar hacer, el marxismo absorbe de la tradición clásica la defensa de la teoría objetiva del valor y el regulacionismo, aunque con notas keynesianas, se siente cómodo usando la categoría de modo de producción (Hunt y Lautzenheiser, 2011). O, como nos enseña José Fernández López (1998), la economía podría pensarse como una enorme ciudad en la que conviven barrios llenos de vida, otros más tradicionales y territorios que, por no responder a los interrogantes del presente o por haber sido oportunamente refutadas, se encuentran actualmente en ruinas.

Contexto y problemas de la reflexión de Smith

Veamos cómo esta lógica explicativa se traslada al lenguaje económico cuyos pilares vamos a revisar: la economía política clásica o, simplemente, el liberalismo. Esta escuela inicia una tradición que se basa en la interpretación del proceso económico como una totalidad, algo que en lo que, en mayor o menor medida, habían fallado sus antecesoras (Hunt y Lautzenheiser, 2011; Schumpeter, 1954). Mientras el mercantilismo privilegiaba recetas prácticas orientadas a la acumulación de metales preciosos, y la fisiocracia concebía la agricultura como única fuente de riqueza, la economía política clásica buscó articular una visión sistemática de la producción, distribución y consumo en el marco de un mercado integrado. Si bien el mercantilismo y la fisiocracia desarrollaron reflexiones sistemáticas sobre la economía, sus propuestas tendían a configurarse como un conjunto —más o menos articulado— de medidas y principios elaborados en estrecha vinculación con las necesidades inmediatas de los gobiernos de turno. En cambio, la economía política clásica se planteó como una disciplina con aspiraciones más universales, orientada a identificar y explicar, mediante leyes generales, la interacción de millones de individuos en el mercado, independientemente de coyunturas específicas. No es casual que el objetivo fijado por los referentes de esta escuela pueda sintetizarse en un eslogan: buscar el orden que existe debajo del caos.

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

Este cambio de paradigma, en el sentido propuesto por Thomas Kuhn (1962), solo resulta inteligible en un marco contextual específico: la revolución industrial británica. Sabido es que el advenimiento del capitalismo industrial supuso una profunda trasformación, tanto en lo referido a las fuerzas productivas como en las relaciones de producción (Landes, 1969; Polanyi, 1944 y Ashton, 1948). En el primero de los aspectos vemos el creciente reemplazo en el seno de la industria textil del ser humano por dispositivos mecánicos y un relevo energético de auténtica envergadura: la economía comenzaba a recostarse en recursos minerales como el carbón cuyo stock a priori ilimitado prometía inaugurar una era de prosperidad. En el segundo terreno advertimos el reforzamiento del vínculo que unía a empresarios, dueños de los medios de producción, y obreros cuyo único capital era su fuerza de trabajo.

Figura 2: Lenguaje económico de Adam Smith: campo de interrogación

Problemas



1. ¿Cómo lograr un crecimiento económico sostenido?

PROBLEMA DEL CRECIMIENTO

2. ¿Por qué las mercancías valen lo que valen?

PROBLEMA DEL VALOR

3. ¿Qué debe hacer el Estado para lograr aquel crecimiento?

PROBLEMA DE LAS POLÍTICAS ECONOMICAS

Fuente: Elaboración propia

Al interior de esta transición productiva y tecnológica debemos contextualizar los aportes de Adam Smith, en tanto fundador de la tradición clásica. Este apelativo es el reconocimiento a un pensador, filósofo moral de formación, que planteó una agenda de problemas que atravesaron la primera mitad del siglo XIX, fueron retomados por otros autores –especialmente David Ricardo (1817) y Carlos Marx [1867] (2017)– y que constituyeron el big bang de la economía como disciplina científica. Más allá que no vivió el despegue industrial en toda su dimensión, el desarrollo de la manufactura, con sus talleres centralizados y trabajadores apiñados bajo un mismo techo, disparó tres interrogantes cuya respuesta van a dar forma a la economía en sus primeras décadas de vida, a saber: 1) ¿Cómo lograr un crecimiento económico sostenido? (Problema del crecimiento); 2) ¿Por qué las mercancías valen lo que valen? (Problema del valor)

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)
y 3) ¿Qué debe hacer el estado para asegurar el crecimiento? (Problema de las políticas económicas).

Problema del crecimiento: la división técnica del trabajo como fuente de la riqueza

Comencemos por el primero de los problemas, ese que sirvió de eje vertebrador de su obra cumbre: *La riqueza de las naciones* (Smith, 1776). En términos generales, Adam Smith sostiene que toda posibilidad de crecer reposa en la sofisticación de la división técnica del trabajo, desarrollo conceptual con el cual buscaba explicar las transformaciones que, hacia mediados del siglo XVIII, experimentaba el sector secundario de la economía británica (o, para ser más específicos, de ciertas regiones que contaban con abundantes reservas carboníferas). Desde su mirada, luego retomada por Fredrick Taylor (1911) y Henry Ford (1922), era necesario subdividir el proceso productivo en una serie de tareas sencillas que pudieran ser desarrolladas por un operario. Esta nueva organización del trabajo, a diferencia de la artesanal o la domiciliaria, permitía generar una ganancia en materia de productividad. En síntesis, con el auxilio de la división técnica del trabajo no solo se producía más, sino también mucho mejor.

Para demostrar este punto, Smith seguía un camino inductivo, tomando distancia de razonamientos que ponían a la experiencia como una forma poco elaborada de conocimiento. Por el contrario, su descripción del funcionamiento de una fábrica de alfileres va a ser la prueba sobre las ventajas que traía consigo la especialización productiva. En términos de Smith:

"Para dar un ejemplo de los efectos de la división del trabajo, tomaré una manufactura que se ha llevado con frecuencia como ilustración, a saber, la fabricación de alfileres. *Un obrero no educado en esta ocupación particular y que trabajara solo, por más diligente que fuera, difícilmente podría hacer un alfiler en un día*, y ciertamente no podría hacer veinte. Sin embargo, la manera en que se lleva a cabo esta manufactura en el presente ha dividido el proceso en una serie de operaciones distintas, cada una a cargo de un trabajador diferente. Un solo hombre estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, un cuarto lo afila, un quinto le pone la cabeza, y así sucesivamente. *De este modo, con la división del trabajo, esos diez trabajadores pueden fabricar más de cuarenta y ocho mil alfileres al día, lo que significa que cada uno, en promedio, produce cerca de 4.800 alfileres*. Si cada uno trabajara solo e independiente, difícilmente lograrían hacer, en total, ni siquiera una fracción de esa cantidad."¹ (Smith, [1776] 2011, p. 14).

Este salto cualitativo era resultado de tres elementos que distinguió en la fábrica de alfileres. En primer lugar, los operarios al repetir una y mil veces una misma tarea ganaban destreza, dejando de lado la ineficiencia por la falta de especialización. En segundo lugar, la profundización de la división técnica del trabajo eliminaría los tiempos muertos que existían entre las diferentes fases del método artesanal. En ese sentido, la mirada atenta de los supervisores y la disciplina del reloj

¹ El resultado es propio.

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

intensificarían la producción sin modificar la dotación de factores productivos. Con la misma cantidad de trabajadores podría aumentarse la cantidad de bienes elaborados. Por último, el ahorro de trabajo por parte de los obreros o el afán de lucro de los capitalistas, propio de la sofisticación de la división técnica del trabajo, prestaría las bases al desembarco de maquinarias con las cuales profundizar los efectos de una optimización en la organización del trabajo. Es interesante ver allí cómo Adam Smith no solo ponía la capacidad innovadora del lado del empresariado, sino también en el factor trabajo.

Ahora bien, entre los interrogantes planteados en la obra de Smith [1776] (2011) podemos señalar: ¿Cómo facilitar el avance de la división del trabajo? ¿Cómo generalizar el aumento de la productividad industrial? ¿De qué forma podría aumentar la riqueza de una nación?

Para responder estos interrogantes, Adam Smith realiza, ante todo, una apuesta explícita por una economía de escala. En caso de incentivar la natural predisposición de los individuos por el intercambio y homogeneizando la demanda sería posible parcelar el proceso productivo y justificar una mayor inversión en capital fijo. La ampliación del mercado y la unificación de gustos, además de posibilitar la incorporación de nuevos trabajadores útiles, podía favorecer — como se ha interpretado a partir de Smith — una priorización de la cantidad sobre la calidad, aspecto funcional a la masificación de la producción. Este principio sería retomado por Henry Ford cuando, más de un siglo después que Smith, se refería a su modelo T: los clientes, decía el exitoso empresario norteamericano, podrían elegir el color que gusten siempre y cuando sea el negro (Ford, 1922, p. 72). La diversidad propia del sistema artesanal era reemplazada por el binomio uniformidad y volumen que marcaría el pulso del sistema fabril.

La segunda condición *sine qua non* para el avance de la división del trabajo estriba en la estabilidad de la demanda. Las oscilaciones económicas generan baches que retrasan la inversión de capital fijo y enlentecen la parcelación de la producción. Por el contrario, cuando el valle del ciclo queda atrás y la economía comienza a tomar temperatura, se produce una ampliación del número de clientes y de la dotación de trabajadores productivos (Smith, [1776] 2011; Hunt y Lautzenheiser, 2011). La arquitectura de los argumentos de Smith alrededor de este asunto se expone en el siguiente fragmento:

"Cuando la demanda de un producto es constante y segura, los productores pueden especializarse en su fabricación con mayor confianza. En los mercados extensos y bien establecidos, cada trabajador puede dedicar toda su atención a una tarea específica, sabiendo que siempre habrá compradores para su producto (...) Por el contrario, en los lugares donde la demanda es irregular y fluctuante, los productores deben diversificar sus esfuerzos para adaptarse a los cambios, lo que obstaculiza la especialización y reduce la eficiencia del trabajo. Así, la estabilidad de la demanda no solo incentiva la inversión en herramientas y maquinaria, sino que también permite una mayor división del trabajo, pues los trabajadores pueden concentrarse en sus funciones sin temor a la incertidumbre del mercado." (Smith, [1776] 2011, p. 92)

Podríamos resumir la mirada de Adam Smith al respecto en una frase: cuanto mayor sean las certezas, mayor será el nivel de especialización productiva y, por ende, de crecimiento económico.

Problema del valor: hacia una teoría objetiva

Con una idea clara de la solución que Smith da al problema del valor, pasemos ahora al segundo de los interrogantes por él planteados, aquel que refiere al valor de las cosas. En torno a este enigma, que había sido planteado por pensadores con anterioridad, desde Williams Petty (1662) hasta John Locke (1690), el padre de la economía política nos propone un recorrido conceptual de más largo aliento y repleto de pliegues (e inclusive puntos ciegos). En principio, nos presenta un par de categorías a partir de las cuales comienza a estructurar su respuesta conceptual: el valor de uso y el valor de cambio. El primero podría definirse como la capacidad que tienen los bienes para satisfacer necesidades. Se trataría de un atributo cualitativo, un componente que entraña una enorme carga subjetiva. Veamos un ejemplo para aclarar el punto. Un auto antiguo, dependiendo de la persona, puede ser extremadamente útil o ser un objeto sin valor alguno: para un ciudadano sería un manojo de chatarra, un artículo que no cubriría ninguna necesidad; mientras que, para un interesado en la materia, podría ser la pieza faltante de una vasta colección. En resumen, no existe un único valor de uso, sino más bien lo contrario: infinitas utilidades dan pie a infinitas valoraciones.

El segundo concepto refiere al valor de cambio de las cosas o, en los términos de Smith, su capacidad de ser intercambiados por otros bienes. Si el valor de uso es un atributo cualitativo, subjetivo e imposible de asir, el valor de cambio circularía por el carril contrario: sería una característica cuantitativa, objetiva y calculable. Es precisamente este descubrimiento aquello que obliga al pensador escocés a interrogarse acerca de cuál es la medida real del valor o, dicho de un modo más literario, cual es la sustancia que comparten todas las mercancías y que permite su intercambio en un mercado que, a mediados del siglo XVIII, no dejaba de expandirse a nivel mundial. La respuesta dada por Smith es terminante al respecto: el trabajo incorporado a los bienes es la vara que permite medir el valor. Con esta afirmación, en buena medida tributaria de la tradición empirista inglesa, Smith inaugura la teoría del valor-trabajo, una mirada pregnante dentro de la tradición clásica y que sería retomada, algunas décadas después, por Ricardo (1817), John Stuart Mills (1848) y por el propio Marx [1867] (2017).

Las palabras del fundador de la tradición clásica son elocuentes a la hora de poner al trabajo como la regla a partir de la cual puede medirse el valor de las mercancías:

El trabajo es el precio original de todas las cosas, la moneda con la que en realidad se pagan todas ellas. No con oro ni con plata se compran originalmente, sino con trabajo. Fueron adquiridas por trabajo mucho antes de que existiera el dinero, y su valor, incluso hoy en día, se mide con mayor

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

exactitud por la cantidad de trabajo que pueden comprar o por el que se necesita para producirlas (...) El trabajo, por consiguiente, es la medida real del valor de cambio de todas las mercancías. En todas las épocas y lugares, lo que vale realmente una cosa para quien la posee, y desea intercambiarla por otra, es el esfuerzo y la fatiga que ahorra al adquirirla en lugar de producirla por sí mismo." (Smith, [1776] 2011, p. 34)

Lo que en los tramos iniciales de su obra puede leerse como una afirmación sólida —la medición del valor en función del trabajo incorporado—, con el correr de las páginas es matizado por el propio Smith, aunque sin ser cuestionado en su esencia (Smith, [1776] 2011). En sus términos, el intercambio de equivalentes de trabajo —por caso, horas— explicaba los intercambios en sociedades rudimentarias, cuyos mercados no habían escalado y donde las relaciones de producción no eran plenamente capitalistas. En cambio, en contextos caracterizados por la propiedad privada y la venta de fuerza de trabajo, proponía calcular el valor en función de la suma de salarios, beneficios y rentas, lo que derivaba en su teoría de los costos de producción. Desde una lectura contemporánea, puede interpretarse que este ajuste conceptual tomó como escenario privilegiado el modelo de la naciente industria.

En este último contexto, el valor de mercancía —es decir, su capacidad de intercambio— resultaba de la sumatoria de las remuneraciones de los factores productivos. En otros términos, era la traducción monetaria del costo de la fuerza de trabajo (el salario), del capital (beneficio) y de las materias primas (renta). Este precio natural era el reconocimiento que el trabajo, desde la óptica de Adam Smith, no era un resorte exclusivo de los trabajadores, sino que involucraba a otros actores como capitalistas y dueños de la tierra; presunción que sería duramente criticada, primero, por Ricardo (1817) con su visión parasitaria de los terratenientes y, luego, por Marx [1867] (2017) que incluyó a los capitalistas en el mismo casillero.

En la siguiente cita no solo queda a la vista su teoría de costos, sino también una narrativa que tiene a su presente histórico como el punto de llegada de la denominada evolución o directamente el cambio social:

"En el estado primitivo de la sociedad, que precede a la acumulación del capital y a la apropiación de la tierra, el trabajo de un hombre es la única medida del valor de cambio de las mercancías. Si cazar un castor requiere el doble de trabajo que atrapar un ciervo, un castor debería valer el doble que un ciervo (...) Pero una vez que la tierra se ha convertido en propiedad privada y que algunos hombres poseen acumulaciones de capital, el precio de la mayoría de los bienes debe cubrir algo más que el simple trabajo necesario para producirlos. Debe cubrir también la renta de la tierra utilizada y el beneficio del capital adelantado por el empresario. Así, el precio real de cada bien se divide en tres partes: una que paga el salario del trabajador, otra que

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)
remunera al propietario de la tierra y otra que otorga ganancia al capitalista."
(Smith, [1776] 2011, p. 45)

Claro que las oscilaciones de la economía no siempre permitían que el precio natural pudiera expresarse de forma transparente y, para enfrentar ese desafío, el fundador de la tradición clásica aporta una última categoría a su instrumental: el precio de mercado, una medida asociada al impacto del libre juego de la oferta y la demanda. La tracción de cualquiera de ambos componentes podía generar un desfase entre ambos precios, más allá de que en el largo plazo Smith confiaba que ambas magnitudes se solaparían. Las palabras de Smith al respecto destacan por su claridad expositiva:

"El precio de mercado, en cambio, es aquel al que efectivamente se venden los bienes, determinado por la oferta y la demanda en un momento dado. Si la cantidad de un bien en el mercado es inferior a la demanda, su precio de mercado tenderá a subir por encima del precio natural. Si hay un exceso de oferta, el precio de mercado caerá por debajo del precio natural. Sin embargo, a largo plazo, las fuerzas del mercado tienden a hacer que el precio de mercado se acerque al precio natural." (Smith, [1776] 2011, p. 56).

Problema de las políticas económicas: mano invisible, egoísmo benéfico y estado mínimo

Terminemos este itinerario por el lenguaje económico de Adam Smith revisando sus contribuciones específicas en materia de política económica, un eje que —junto con sus reflexiones sobre el crecimiento y el valor— constituye una de las dimensiones centrales de su pensamiento y que, desde luego, se encuentra inextricablemente asociada al problema del crecimiento. Desde su óptica, cualquier aumento de la producción de una nación se sostenía en la necesidad de eliminar las ataduras que impedían que esto sucediese. De ahí que la tradición liberal encabezase un apasionado ataque a las intervenciones económicas recomendadas por los defensores del mercantilismo, una escuela que entendía al estado como un vector clave en la obtención de aquellos metales preciosos que cimentarían la riqueza de un país. Esa búsqueda desenfrenada de oro y plata —ya sea en sus variantes española, francesa o inglesa— había ampliado el radio de acción del estado en la economía, multiplicando los monopolios, subvenciones, medidas aduaneras o políticas de protección. Todas estas actuaciones oficiales, en la mirada de Smith, eran artificios que sacaban a la economía de su curso natural, uno demarcado por el libre juego de la oferta y la demanda:

"Las restricciones a las importaciones y la concesión de monopolios comerciales a ciertas compañías solo benefician a unos pocos a expensas del público. Cuando el gobierno impone aranceles elevados o prohíbe la entrada

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

de ciertos bienes extranjeros, no protege la industria nacional, sino que encarece los productos para los consumidores y reduce la competencia (...) Si se permitiera el libre comercio, los bienes se producirían en los países donde pueden fabricarse con mayor eficiencia, beneficiando tanto a los productores como a los consumidores. En cambio, el proteccionismo solo perpetúa industrias ineficientes y concentra la riqueza en manos de quienes tienen privilegios monopolísticos." (Smith, [1776] 2011, p. 210).

El orden natural defendido por Adam Smith, que tenía un parecido de familia con la propuesta que los fisiócratas venían realizando desde principios del siglo XVIII, se completaba con una característica que parecía conformar una especie de ADN de las sociedades mercantiles: el egoísmo benéfico. Desde la óptica de Smith, la búsqueda individual del beneficio conduciría a un óptimo en el que el bienestar, por vía de un derrame, abarcaría a toda la sociedad. No había necesidad de acciones oficiales: la sola expresión de los precios –diría Milton Friedman (1980) casi dos siglos después– generaría los incentivos adecuados para que la maquinaria económica se pusiera en marcha. O, a la inversa, llevando al límite el razonamiento del filósofo moral escocés, cuanto mayor sea el menú de intervenciones del estado en la economía, menor sería la competencia, menor el grado de avance de la división técnica del trabajo y, derivado de todo ello, el crecimiento económico se volvería una *rara avis*:

"El gobierno comete un error al intentar dirigir la economía con regulaciones detalladas. Cada individuo, al buscar su propio interés, contribuye de manera más eficiente al bienestar general que cualquier plan centralizado (...) El esfuerzo de cada hombre por mejorar su condición, cuando no es obstruido por regulaciones arbitrarias, impulsa el crecimiento económico. Pero cuando el Estado interfiere con restricciones y privilegios, limita la capacidad de la sociedad para prosperar. La economía prospera cuando el gobierno se abstiene de imponer controles innecesarios y permite que las fuerzas del mercado operen libremente." (Smith, [1776] 2011, p. 292)

Es necesario aclarar que la prédica antiestatista de Adam Smith [1776] (2011) no significaba promover la desaparición del Estado. Esta postura, defendida con ahínco en su producción académica, lo distanciaba de lenguajes económicos que proponían la total extinción de la acción oficial. Por un lado, desde posiciones anarquistas como la de Mijaíl Bakunin (1873), el Estado se concebía como una estructura de dominación inseparable de la explotación social. Por otro, desde corrientes liberales radicales como la Escuela Austríaca, representada por Murray Rothbard (1973), se lo identificó con una amenaza directa a las libertades individuales². Tomando

² Si bien las referencias a corrientes anarquistas o liberales radicales son posteriores al contexto de producción de La riqueza de las naciones, se utilizan aquí como categorías de contraste, en el sentido propuesto por Koselleck (2004),

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

distancia de cualquier fundamentalismo, Smith entendía que existía un nivel de estatalidad compatible –y hasta necesario– para asegurar el crecimiento económico. Ese menú limitado de intervenciones definió los límites de un Estado mínimo, uno de sus desarrollos teóricos de mayor impacto en la historia de la disciplina. El aumento de la producción solo sería posible en caso de que el Estado cumpliera tres funciones básicas: 1) defender a la sociedad de cualquier amenaza externa, lo que justificaba el financiamiento de ejércitos; 2) administrar un sistema de justicia que garantizara el derecho de propiedad y aliviara las tensiones sociales; y 3) llevar adelante obras necesarias para el desarrollo de las fuerzas productivas, pero que no brindaban rédito individual a los capitalistas, como infraestructura física (puentes y caminos) y servicios educativos. Las consecuencias de ir más allá de este paquete de funciones no podían ser peores, especialmente en lo referido a las posibilidades de acelerar el crecimiento económico:

Cuando el gobierno se involucra más allá de estos límites, distorsiona el orden natural de la economía. El comercio libre y la competencia de individuos en la búsqueda de su propio interés conducen más efectivamente a la prosperidad de la nación que cualquier intervención estatal. El esfuerzo personal, guiado por el interés propio, impulsa la creación de riqueza, y el gobierno debe intervenir solo cuando las circunstancias lo exijan, como en la defensa, la administración de justicia y la provisión de bienes públicos.¹⁰

(Smith, [1776] 2011, p. 292)

La idea del Estado mínimo, uno de los desarrollos conceptuales que se desprenden del problema de las políticas económicas, dejó su estela en la tradición liberal, generando acuerdos, pero también tensiones entre las diversas familias que la componen. Si los liberales clásicos se encolumnan detrás de la tripartición del rol del estado en la economía, los minarquistas entienden que el estado solo debe cumplir con las dos primeras funciones establecidas por Smith: el crecimiento, de acuerdo con sus seguidores, solo sería compatible con una administración de la justicia que resguarde el orden público y la defensa nacional. Cualquier exceso de estado por fuera de este corsé generaría un movimiento que podría en riesgo las libertades individuales e impediría la ampliación de la oferta de productos (Nozick, 1974). Los anarcocapitalistas, en cambio, creen que el mercado y las iniciativas privadas pueden gestionar todas las funciones del Estado, sin necesidad de intervención gubernamental (Rothbard, 1973).

Conclusión

En este texto se ha analizado el lenguaje económico de Adam Smith a partir de tres ejes centrales: crecimiento económico, valor y política pública. Respecto del primero, Smith vinculó el progreso de una nación con la competencia y la división del trabajo, entendiendo que este

para iluminar la distancia entre el lenguaje económico de Smith y otras tradiciones que llevaron el antiestatismo a posiciones extremas.

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

proceso dependía tanto de la interacción espontánea de los agentes económicos como de un marco institucional que garantizara la libre competencia y la protección de los derechos individuales. En materia de valor, formuló la teoría del valor-trabajo, según la cual el valor de los bienes y servicios se mide por la cantidad de trabajo necesaria para producirlos, planteo que complementó con una teoría de los costos de producción. Finalmente, en el terreno de la política económica, defendió la superioridad del mercado libre para generar prosperidad, aunque reconoció la necesidad de un Estado activo en funciones específicas como la defensa, la justicia y la provisión de bienes públicos. De este modo, sus contribuciones, situadas en el contexto de la economía política clásica, permiten comprender tanto los fundamentos históricos de la disciplina como su proyección en debates actuales sobre el funcionamiento y la regulación de los mercados.

Terminemos este texto con una pregunta que, aunque recurrente, no pierde atractivo: ¿Por qué estudiar el lenguaje económico de Adam Smith en pleno siglo XXI, a dos siglos y medio de la publicación de *La riqueza de las naciones*? La respuesta a este interrogante podría separarse en dos partes, cada una de ellas orientada a un público específico.

En primer lugar, el análisis de las contribuciones de Adam Smith y otros economistas clásicos es fundamental para entender las bases sobre las cuales se construye la teoría económica moderna. Su reflexión sobre la división del trabajo, el valor y las políticas económicas sigue siendo relevante no solo en la historia de la disciplina y en la formación actual de los estudiantes de ciencias económicas, particularmente en las licenciaturas en administración y economía. Estos conceptos enriquecen su comprensión teórica, pero también permiten aplicar principios económicos esenciales para la toma de decisiones tanto en el ámbito empresarial como en la formulación de políticas públicas.

En segundo término, y apuntando a un público en general, el lenguaje económico clásico permite una mejor comprensión del funcionamiento de las economías contemporáneas. En un mundo globalizado y altamente interconectado, tener una visión clara de los procesos económicos contribuye al desarrollo de ciudadanos más informados y preparados para participar activamente en debates y decisiones económicas que afectan sus vidas cotidianas.

Referencias bibliográficas

- Ashton, T. S. (1948). *The industrial revolution, 1760–1830*. Oxford University Press.
- De Certeau, M. [1980] (2000). *La invención de lo cotidiano: Vol. 1. Artes de hacer* (A. J. Franco, Trans.). Ediciones Siglo XXI.
- Dussel, I. (2006). Pensamiento situado y teoría crítica en la educación latinoamericana. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 11(28), 565-586.
- Fernández López, M. (1998). Historia del pensamiento económico. A-Z Editora.
- Ford, H. (1922). *My life and work*. Garden City Publishing.
- Friedman, M. (1980). *La libertad de elegir* (J. B. Torres, Trans.). Editorial Atlas.

<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/administracion> Número 7 (2025)

Furio Blasco, E. (2005). *Los lenguajes de la economía: Un recorrido por los marcos conceptuales de la Economía*. EUMED. <https://www.eumed.net/libros-gratis/2005/efb/>

Hegel, G. W. F. (1837). *Filosofía de la historia* (C. J. H. MacLennan, Trans.). Kegan Paul.

Hunt, E. K., & Lautzenheiser, M. (2011). Historia del pensamiento económico. Una perspectiva crítica. McGraw-Hill.

Kalecki, M. (1971). *Selected Essays on the Dynamics of the Capitalist Economy 1933-1970*. Cambridge University Press.

Koselleck, R. (2004). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós.

Kuhn, T. S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas* (1.ª ed.). Editorial Fondo de Cultura Económica.

Landes, D. S. (1969). *The unbound Prometheus: Technological change and industrial development in Western Europe from 1750 to the present*. Cambridge University Press.

Locke, J. (1690). *Second treatise of government*. Awnsham Churchill.

Martínez-Alier, J. (2002). *The Environmentalism of the Poor: A Study of Ecological Conflicts and Valuation*. Edward Elgar.

Marx, K. [1867] (2017). *El Capital: Crítica de la economía política*. Fondo de Cultura Económica.

Mill, J. S. (1848). *Principles of political economy with some of their applications to social philosophy*. John W. Parker.

Nozick, R. (1974). *Anarquía, Estado y utopía*. Editorial Ariel.

Petty, W. (1662). *A treatise of taxes and contributions*. J.C. for N. Brooke.

Polanyi, K. (1944). *The great transformation: The political and economic origins of our time*. Rinehart.

Ricardo, D. (1817). *Principios de economía política y tributación*. J. Murray.

Rothbard, M. N. (1973). *For a new liberty: The libertarian manifesto*. Ludwig von Mises Institute.

Schumpeter, J. A. (1942). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Harper & Row.

Schumpeter, J. A. (1954). *History of economic analysis*. Oxford University Press.

Smith, A. [1776] (2011) *La riqueza de las naciones*. Alianza editorial.

Taylor, F. W. (1911). *The principles of scientific management*. Harper & Brothers.